Solemnidad. Natividad de San Juan Bautista

Segunda Lectura: He 13,22-26:

"Antes de que llegara Cristo, Juan predicó a todo Israel un bautismo de penitencia"

Celebramos la solemnidad de la Natividad de San Juan Bautista, cuya vida estuvo totalmente orientada a Cristo, como la de su madre, María. San Juan Bautista fue el precursor, la 'voz' enviada a anunciar al Verbo encarnado. Por eso, conmemorar su nacimiento significa en realidad celebrar a Cristo, cumplimiento de las promesas de todos los profetas, entre los cuales el mayor fue el Bautista, llamado a "preparar el camino" delante del Mesías (cf. Mt 11, 9-10).

San Juan Bautista nació seis meses antes que el Hijo de Dios. Sabemos que era primo de Jesús, pues las madres de ambos, María e Isabel, eras primas. Le tocó a Juan preceder al Mesías esperado, anunciarlo y preparar a la gente para recibirlo. Así lo atestiguan san Pablo en los hechos de los Apóstoles, de la segunda lectura: "Antes de que llegara Cristo, Juan predicó a todo Israel un bautismo de penitencia". El bautismo que administraba Juan Bautista era un bautismo de penitencia con miras a la remisión de los pecados. Era conveniente para los que, reconociendo sus culpas, querían convertirse y retornar a Dios.

El mensaje de la Palabra de Dios nos interpela a nosotros y nos ilumina en nuestro caminar. El Precursor, que recibió de Dios la misión de preparar al pueblo elegido para la venida del Salvador prometido, nos renueva también hoy el llamado a nosotros a la conversión, a disponer los corazones para salir al encuentro del Señor. En nuestra Iglesia se "revive el alma, que estaba muerta por los pecados, a fin de vivir con Cristo, cuya gracia nos ha salvado" (San Agustín, serm. 214, 11). En efecto, mediante el nuevo bautismo de penitencia, la Confesión o reconciliación, el bautizado puede reconciliarse con Dios y con la Iglesia, cuando reconoce su pecado.

Por consiguiente, el bautismo de penitencia, del que nos habla den Pablo en esta fiesta del nacimiento de san Juan, es una invitación a la conversión, como un proceso permanente de crecimiento en el amor de Dios. Cristo nos llama y no deja de llamar a la conversión, que es la primera condición para entrar en el Reino de Cristo. En esta fiesta nos llama a la penitencia, es decir, a la penitencia, a la conversión.

"Por el sacramento de la Confesión el pecador recurre a la misericordia divina, y reconociéndose frágil se abre a Dios que sale a su encuentro con el

perdón. La conversión es un proceso de continua respuesta a la gratuita invitación de Dios a la reconciliación.

La conversión y renovación personales, avanzando por los caminos, que dispone el designio divino, es tarea de todos en el Pueblo de Dios. Con precisión señala el Catecismo que el proceso de conversión "es una tarea ininterrumpida para toda la Iglesia que 'recibe en su propio seno a los pecadores' y que siendo 'santa al mismo tiempo que necesitada de purificación constante, busca sin cesar la penitencia y la renovación'. Este esfuerzo de conversión no es sólo una obra humana. Es el movimiento del 'corazón contrito', atraído y movido por la gracia a responder al amor misericordioso de Dios que nos ha amado primero".

Un resumen y a la vez una motivación nos viene de san Agustín: "La penitencia purifica el alma, eleva el pensamiento, somete la carne al espíritu, hace al corazón contrito y humillado, disipa las nebulosidades de la concupiscencia, apaga el fuego de las pasiones y enciende la verdadera luz de la castidad". (Sermón 73).

Invoquemos la intercesión de san Juan Bautista, junto con la de María santísima, para que también nosotros, Pueblo de Dios, nos mantengamos siempre fiel a Cristo y testimoniemos con valentía su verdad y su amor a todos.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)